

La Lectura como valor

Para los estudiantes de educación técnica,
del Instituto Tecnológico de Costa Rica.

Resumen: *La finalidad del presente artículo es ofrecer algunos argumentos a favor de la lectura como valor axiológico. Se parte de la idea de establecer la lectura como una cierta manera de vivir y como una forma de enriquecimiento en la actividad profesional, especialmente en la actividad o quehacer docente.*

Busca mostrar el artículo la importancia de elevar al plano de valor la lectura, no sólo como una base para la actualización de los conocimientos a través de las investigaciones bibliográficas y enriquecimiento didáctico, sino también como una forma de enriquecerse culturalmente, especialmente si lo que se estudia es una disciplina técnica donde el valor de la lectura queda prácticamente suprimido.

Palabras clave: *valor, lectura, teoría, actualización, enseñanza, aprendizaje, docencia, investigación, profesión, experiencia.*

Hacia una noción de valor

Hay muchos autores que han definido el concepto valor. Podemos adherirnos a una de estas definiciones de acuerdo con la inclinación que tengamos, ya sea por el contenido de la misma o bien por el autor que nos atrae.

Una forma sencilla de entender la noción de valor puede ser esta: un valor es aquella idea que fundamenta y guía de alguna manera nuestras acciones cotidianas. Hay teorías que explican la existencia de estos valores. Si bien cada una de ellas apunta hacia problemas filosóficos al interior de la teoría, estas inquisiciones filosóficas no restan a los valores una utilidad práctica en nuestra vida cotidiana. El asunto fundamental para muchos,

y no sin razón, es saber a qué teoría atenerse. Pero para nosotros el asunto consiste a cuál valor atenernos.

El subjetivismo y objetivismo axiológicos ponen cada uno a su modo el peso sobre el sujeto o el objeto respectivamente. Para los subjetivistas es el sujeto quien determina el valor de las cosas de acuerdo con necesidades e intereses que surgen a través de la historia por las reacciones individuales o colectivas en determinada sociedad. Los objetivistas, por su lado, afirman la independencia del objeto frente al sujeto. El sujeto sólo es el ser percipiente de algo que se da de hecho en la realidad. En este sentido, el sujeto sólo capta el valor en el objeto, es el objeto quien determina al sujeto y no al contrario. Esto no significa que el sujeto es un agente pasivo, pues el sujeto hace una valoración del objeto de manera subjetiva, pero el valor en sí mismo es objetivo. Esto es lo que se llama razón objetiva. Antonio Marlasca lo explica así: “Cuando se afirma la objetividad de los valores no se niega, pues, la relación de éstos con un sujeto valorante, sino que se sostiene la existencia de una razón objetiva.” (2006: 136).

Una posición intermedia entre las teorías subjetivistas y objetivistas es la de Rosiere Frondizi (1910-1983) quien sostiene que “el valor surge de la relación entre el sujeto y el objeto y que esa relación axiológica origina una cualidad estructural (...) empírica” (Escobar, 1992: 101). La captación de esta cualidad estructural es lo que constituye el valor, y es a través de éste valor con el que de alguna manera orientamos nuestras acciones cotidianas. Decía Manuel García Morente que hay valoraciones en nuestra vida porque “no hay cosa alguna ante la cual no

adoptemos una posición positiva o negativa, una posición de preferencia.” (1969: 371). No hay forma de escapar a la valoración de las cosas, de la vida en su conjunto. El mundo es objeto de valoración, y nosotros somos quienes lo valoramos.

El valor como una manera de vivir

El filósofo griego Epicteto (55-135), practicante de la filosofía estoica, sostiene una idea, que si bien es cierto no tiene que ver con lectura, sí tiene que ver con la idea de una fundamentación de nuestros valores. Epicteto, en el *Manual*, sostiene lo siguiente:

Conviene que te prescribas una cierta manera de vivir o una ley que observes inviolablemente en cualquiera parte que puedas estar, sea conversando entre los hombres o retirado en tu vida privada(XXXIII).

Epicteto nos estaba diciendo desde aquellos tiempos lo que significa vivir de acuerdo con las directrices de un valor fundamental. Si bien es cierto el filósofo tiene todo un planteamiento ético y nos dice cuáles son las virtudes fundamentales que pueden guiar nuestra vida, aquí nos deja un espacio de libertad para que seamos nosotros mismos quienes reflexionemos acerca de ese valor fundamental.

El filósofo nos sitúa ante algo decisivo: elegir el valor que guiará y le dará sentido a nuestra vida. Se trata de encontrar *cierta manera de vivir*, una ley que tenemos que obedecer porque ha sido impuesta por nuestra propia voluntad. Una ley que hemos elegido libre y voluntariamente. Esta ley habremos de aplicarla tanto socialmente (*conversando entre los hombres*) como individualmente (*en la vida privada*). Esta es, en sentido estricto, la idea de vivir de acuerdo con un conjunto de valores a los que nos hemos inclinado de forma libre y voluntaria. Esta es la razón por la cual el valor es una idea que fundamenta y guía de alguna manera nuestras acciones cotidianas.

¿Cuál es esta *manera de vivir* a la que tenemos que avocarnos prescriptivamente? ¿Cuál es esta ley a la que tenemos que avocarnos

inviolablemente tanto en nuestra vida social como en nuestra *vida privada*? Cada uno de nosotros sabrá cuál es este valor que fundamentará nuestras acciones social e individualmente. No cabe duda que aquí hay un eco lejano de la formulación kantiana de la existencia de una ley moral dada de manera autónoma por cada individuo. Pero ese asunto no nos interesa aquí. Lo que importa aquí es que pensemos con el filósofo Epicteto la posibilidad de darnos nosotros mismos una *manera de vivir* que fundamente nuestras acciones a diario.

La lectura como valor

¿Es la lectura un valor? Se trata de un valor que no es valor. Se trata más bien de una actividad, de una ocupación, de un oficio. No es un valor porque como tal no podemos ubicarlo en una escala axiológica. Es una forma de valor porque ayuda a fundamentar nuestra vida de manera gratificante, y también, porque por medio de esta actividad le damos un significado fundamental a nuestro ejercicio profesional. Así, la lectura sí constituiría un valor.

La lectura, un valor que no es valor. Una actividad que enriquece nuestra vida personal y profesionalmente. Decir que la lectura la podemos abrigar como un valor es pensar, de acuerdo con lo que nos enseña Epicteto, concebir la lectura como *una cierta manera de vivir*. Al considerar la lectura como una manera de vivir, la estamos elevando a un plano valorativo de nuestras acciones cotidianas.

¿Por qué la lectura? ¿Por qué no otro valor? Quizás a través del diálogo podamos enriquecernos socialmente, culturalmente, pero sólo a través de la lectura podemos verdaderamente profundizar en conocimientos. Según Ray Bradbury, la mayoría de nosotros no puede andar corriendo por ahí, hablando con todo el mundo, ni conocer todas las ciudades del mundo, pues carecemos tanto de tiempo y de dinero como de amigos. Ciertamente lo que buscamos está

en el mundo, “pero el único medio para que una persona corriente vea el noventa y nueve por ciento de ello está en un libro.” (1977: 103). Es decir, si queremos saber, conocer, tenemos que leer necesariamente. La lectura es la alfombra mágica que nos conduce hacia el mundo del conocimiento.

Leer es conocer, es aprender. La lectura puede representar un proyecto de formación lúdica, como también todo un proyecto de actualización profesional. Es en este punto donde me voy a concentrar.

Lectura y actualización profesional

Un buen profesional debe estar siempre actualizado. No basta con un saber hacer. Es necesario complementar el saber hacer con el saber crear. Y saber crear exige o demanda investigación. Con mucha más razón se exige o demanda una continua actualización del profesional docente. El docente enseña, y enseñar demanda un continuo aprendizaje. En este sentido, la enseñanza es a la vez una continua investigación. Pues sólo la investigación procura una sólida actualización de los saberes propios de una especialidad. Es la formación lectual donde el enriquecimiento de nuevos fundamentos didácticos tiene lugar. La lectura constituye esencialmente ese soporte didáctico que nos sacaría de un saber hacer sin fundamentación epistemológica. Pero por supuesto, una fundamentación didáctica requiere de profundas investigaciones.

Augusto Hortal sostiene que sin investigación no hay universidad, que el bien intrínseco de la investigación es la ampliación de los conocimientos. “La investigación no sólo enriquece los contenidos de lo que se va enseñar, sino que contribuye a la calidad de la docencia.” (2000: 71) ¿Para qué? No es necesario ofrecer gran explicación al respecto. El mismo Hortal nos dice la razón: “Para estar al día y enseñar, hace falta dedicación al estudio, a la docencia, a la atención a los alumnos, a las publicaciones recientes para saber si lo que se enseña está refrendado o cuestionado por la comunidad científica o

intelectual conforme a los métodos contrastados...” (2000: 62).

Investigar es tener una permanente curiosidad por saber. Investigar es descubrir saberes. Por supuesto, en todo proceso investigativo existen ciertas dosis de lectura, y en algunas disciplinas más que en otras. Leer es emanciparnos de la ignorancia que nos envuelve día a día. Es un entretenimiento que nos edifica como seres racionalmente superiores. Este entretenimiento lúdico constituye también todo un ejercicio o actividad profesional. Precisamente en esto consiste nuestra tarea investigativa: investigamos porque tenemos que enseñar. Leemos porque tenemos que emanciparnos de la ignorancia y encaminarnos victoriosos por los senderos de la enseñanza.

La docencia requiere experiencia. También la docencia requiere arte, arte de enseñar. Pero cuando esto constituye una idea estática en sí misma deviene entonces en un anquilosamiento dogmático. Veamos por qué. Antonio Alanís manifiesta la importancia de la docencia como arte, pero pone de manifiesto la importancia de la fundamentación científica de éste arte. Según el autor, “la docencia es el arte de enseñar un contenido específico a una persona o un grupo. Pero también la docencia se prepara, se planifica, y aquí interviene el elemento sistemático y la información científica; por tanto, si la docencia es el arte de enseñar, también es fuente de investigación y práctica científica.” (2002: 80). ¿Qué podemos pensar a partir de este aporte del autor? Que la docencia no es una intuición emocional si no algo objetivamente planificado. Que la docencia como arte no significa una inspiración romántica en el salón de clases sino la elaboración de toda una estructura didáctica epistemológicamente valorada.

Queda ahora referirse a la experiencia. No recuerdo si lo leí, o si fue a partir de alguna lectura que hiciera en algún momento de mi vida que surgió en mi mente la idea de que apelar a la experiencia es la aniquilación de la propia experiencia. Es decir, si solemos apelar que la experiencia es, a modo de los empiristas, la fuente de todo conocimiento, y

si apelamos nosotros a nuestra propia experiencia estamos invalidando a otros la posibilidad de conocer por otros medios que no sean el de este kilometraje biológico de la vida humana nuestra.

En relación con el tema de la experiencia enfocado a la práctica docente, Antonio Alanís afirma que “la experiencia no es sinónimo ni de conocimiento ni de calidad; por sí sola, la experiencia sólo es una huella mental que deja una actividad en la cual nos hemos visto involucrados voluntaria e involuntariamente. Es decir, podemos realizar de forma rutinaria una actividad durante 10, 20 o 30 años sin que en realidad hayamos aprendido algo nuevo más allá del ejercicio mecánico de nuestra actividad en cuestión. En síntesis, la experiencia acumulativa y medida en años de servicio, como indicador de habilidades y conocimientos es una falacia.” (2002: 21).

No hay que realizar una profunda hermenéutica de esta afirmación de Alanís: “la experiencia no es sinónimo ni de conocimiento ni de calidad”. Es clara en sí misma. Apelar a la experiencia para afirmar un supuesto saber es falaz. Aquí estamos enfrente de una moralización de la experiencia. Esto recuerda aquella afirmación de Nietzsche acerca de la moral de las costumbres. Según este pensador alemán, la proposición principal de esta moralidad es como sigue: “la moral no es más que la obediencia a las costumbres, y las costumbres son la manera tradicional de conducirse.” (§ 9). Y en cuestiones educativas podemos plantearnos algunos interrogantes: ¿y si nuestra moralidad consiste en apelar a la experiencia? ¿y si nuestra forma tradicional de conducirnos es errónea? ¿no estaremos fundamentando nuestro saber en una falsa experiencia cuando ésta experiencia pretende ser el canon de nuestra actividad docente? Lo que podríamos aprender de esta afirmación de Nietzsche es que nuestra forma de enseñar, nuestra didáctica docente, podría estar basada en una experiencia y técnica propias sin ninguna fundamentación epistemológica ni metodológica, y menos aún una didáctica empírica refrendada por la comunidad académica.

La lectura como enriquecimiento teórico

Es aquí donde un soplo fresco de teoría no nos caería nada mal. Es bueno tener presente que la teoría, viéndola de forma amistosa, no es más que la voz de otras experiencias. Es decir, el pensamiento teórico es la propuesta de otros que hablan a través de una experiencia determinada. Sólo que, más allá de afirmaciones dogmáticas, románticas y solipsistas, quien formula propuestas teóricas lo hace a través de una larga investigación, sea ésta de campo o documental. De esta forma, ya no se trataría de una experiencia subjetiva sino de una experiencia intersubjetiva, una experiencia verificable objetivamente.

La teoría nos ayuda a apartarnos de nuestra solipsista experiencia que, como vimos con Nietzsche y Alanís, puede ser simplemente la forma tradicional de conducirnos, donde esta forma de conducirnos tradicionalmente no es sinónimo ni de conocimiento ni de calidad, diría, en la enseñanza. De ahí que echar mano de la teoría existente es una forma de crecer tanto profesional como personalmente. La teoría ayuda a fundamentar una mejor experiencia. Me parece oportuno aquí recordar el pensamiento del filósofo J. M. Bochenski: “Una vida sin algunos momentos al menos de pura teoría, de pura contemplación no sería vida plenamente humana.” (1976: 66).

El saber humano está presentado a través de muchas teorías. La vida humana es una hipótesis. La vida que vivimos empíricamente es una formulación teórica. Todos los saberes que hemos construido a través de este proceso de hominización han sido el deseo teórico de explicar una realidad que nos envuelve, pero que se niega a la vez a ser del todo conocida. También los saberes que se han construido a través de la técnica han tratado de transformar la realidad vivida antes que explicarla. En fin, investigar es conocer, es enterarse de lo que plantean teóricamente otros estudiosos que se han dedicado igualmente a investigar, a saber, con la finalidad de mostrarle al mundo, a nosotros, lo que ellos han descubierto. Y prácticamente todo nuestro saber llega necesariamente a

través de la lectura. La lectura es la fuente de nuestro saber. Es el medio por el cual nos adentramos al maravilloso mundo del conocimiento.

Leer es enterarse de lo que otros piensan. Pero a diferencia del chisme popular, éste enterarse alude a un conocimiento que enriquece nuestra vida dándole un soplo fresco de sabiduría.

La lectura cumple a la vez muchas funciones: aumenta nuestro conocimiento, nuestro léxico, nuestra capacidad de análisis, nuestra capacidad de diálogo, nuestra capacidad de argumentar, nuestra elocuencia verbal; en fin, la lectura es una actividad por medio de la cual nos profesionalizamos y nos volvemos seres más reflexivos. Y no podemos profesionalizarnos si no nos enteramos de lo que otros, tanto en nuestra especialidad como en otras disciplinas, han investigado y presentado como nuevos conocimientos.

A manera de conclusión

La lectura es *una cierta manera de vivir*, diríamos con Epicteto. Una manera de vivir que nos permite estar actualizados en nuestro campo de especialidad. Y si nosotros prestamos un servicio social, como lo es la educación, nuestra actualización será aún más necesaria. No emprenderemos un proyecto de lectura para los otros, para que reconozcan nuestra formación. No, nosotros emprenderemos un proyecto de lectura por amor propio, porque nos queremos, porque nos estimamos, porque preferimos saber antes que ignorar.

Hace mucho tiempo ya, Aristóteles sostenía: “Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber.” (*Metafísica*, libro I). Si por alguna razón ese deseo natural se ha aletargado, se ha vuelto somnífero o simple pero fatalmente se ha marchitado de nuestra dimensión cognoscitiva, es hora de despertarlo. Instruirse es amarse, es quererse. Instruirse a través de la lectura es luchar contra la ignorancia que nos acecha día a día. No perder este deseo por saber, significa no

perder el deseo de querernos a nosotros mismos. Pues amarse también consiste en vencer la ignorancia.

Podemos encontrarnos con hombres y mujeres que ignoran casi todo, porque no tuvieron la oportunidad de estudiar y formarse. Ellos nos causarán algún tipo de sentimiento. No los culparemos por carecer de cultura. Pero no es igual encontrarse con alguien que se dice profesional desconociendo prácticamente todo. Echaremos de menos la presencia de una persona culturalmente formada. De ahí la urgente necesidad de tomar la lectura como una cierta manera de vivir cultivado.

Bibliografía

Aristóteles (1972). **Obras filosóficas**. Selección y estudio preliminar por Francisco Romero (trad. Lilia Segura). New York: W. M. Jackson, Inc.

Alanís Huerta, A. (2002). **El saber hacer en la profesión docente**. México: Trillas.

Bradbury, R. (1977). **Fahrenheit 451** (trad. Alfredo Crespo). Barcelona: Plaza & Janes.

Epicteto (1986). **Manual y máximas**. México: Porrúa

Escobar Valenzuela, G. (1992). **Ética**. México: McGraw Hill.

García Morente, M. (1969). **Lecciones preliminares de filosofía**. Buenos Aires: Losada.

Hortal, A. (2000). Docencia. En A. Cortina y J. Conill. **10 palabras clave en ética de las profesiones**. Pamplona: Verbo Divino.

Marlasca, A. (2006). **Introducción a la ética**. San José: EUNED

Nietzsche, F. (1988). **Aurora**. México: Editores Mexicanos Unidos

Bochenski, J. M. (1976). **Introducción al pensamiento filosófico** (trad. Daniel Ruiz Bueno). Barcelona: Herder.